

de la Poesía y de la Música, de esa madre nobilísima de tantos héroes y de tantos genios, más altos y majestuosos que sus montes y océanos. He allí por qué no desaparecerá jamás Italia de la mente y del corazón de las futuras generaciones aunque se confundieran sobre ella las aguas del Tirreno y del Adriático. Una sola armonía de sus compositores, un solo lienzo de sus coloristas, un solo libro de sus poetas y de sus sabios, abogarían por su gloria en los estrados del Porvenir.

Pensad en Italia, señores, pensad en ella los que creis que una nación puede discutir con ardor sus límites territoriales, y gastar miles y miles de colones para enmendar un laudo equivocado y restituir unas tierras al señorío de la República, mientras niega su auxilio al talento y al esfuerzo de sus hijos.

La patria no se hará demarcando el territorio y llenándolo de mieses. Así como cuando se construye una casa se tiene siempre en mente el propósito de fundar una familia, los gobernantes debieran pensar siempre que se afanan por darle fronteras a su país, en fundar un pueblo grande, vigoroso y fuerte. Quienes crean lo contrario no tendrían derecho a sonreír del insensato que fabricara una jaula de oro para un pájaro que no supiese cantar.

Precisa, pues, desechar el practicismo grosero que no quiere ver utilidad sino en el cuidado de una planta productora, en la explotación de un mineral, en la industria y el tráfico de los productos naturales que nos facilitan la existencia, y no se cura jamás del árbol humano cuyas flores y cuyos frutos tienen una belleza paradisiaca y un sabor divino, ni da ninguna importancia al pensamiento a cuyo servicio está sometida la naturaleza entera y a cuyo influjo cobra valor la creación toda.

La pluma del águila, pensamos, no fué nunca tan útil en las alas que cruzan el espacio como entre los dedos del pensador, la tinta con que la sepias escapa a la persecución de sus

enemigos en las profundidades del océano, realiza un servicio más admirable todavía en las manos del pintor, las crines del caballo jamás tienen mejor empleo que cuando, convertidas en arco, hieren las cuerdas del violín; ninguna cosa, ninguna fuerza existe en el mundo que no resulte embellecida y santificada por el uso que haga de ella el talento de los hombres.

Con los países ocurre lo propio. Ellos no valen tanto por sus cultivos e industrias como por sus sabios y artistas, a pesar de quienes crean que la ciencia no es buena sino para procurarles comodidades a sus existencias sin ideal, y que el arte no tiene otro encargo sobre el haz del planeta y bajo la mirada de los soles, que facilitar sus digestiones de bestia sin sentimiento.

«La civilización de un pueblo, escribe el mismo publicista uruguayo a que nos hemos referido anteriormente, adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y sentir que dentro de ella son posibles, y el deber del estado consiste en predisponer los medios propios para provocar uniformemente, la revelación de las superioridades humanas donde quiera que existan».

Es preciso, señores, adoctrinar al pueblo en el nuevo evangelio de la cultura, enseñarlo a cantar los himnos supremos de la civilización en coro con los pueblos más adelantados del globo. Los jóvenes, hemos de repetirlo cuantas veces sea necesario, son siempre una fuerza renovadora e impulsiva que los gobiernos progresistas miran en todas partes con especial interés y simpatía. Los Estados Unidos, el Japón, Argentina, Chile, los países grandes como los pequeños entienden que uno de sus deberes más preciosos y uno de sus cuidados más importantes consiste en aparejar el camino de las generaciones nuevas. La juventud. He ahí el porvenir de los pueblos, la ruina de los errores y